El Eco de Cartagena.

ANO XXIX.—NUM. 8407 — DIARIO DE LA NOCHE — TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Steet, Mr. C. 166.—Administrador. *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 15 de Noviembre 1889

EL INVIERNO

Ya del jardín las aromosas flores
En su talle gentil se marchitaron
Ya triste se alejaron
De la selva los pájaros cantores.

Huyó el verano. Del invierno crudo
Hay que sufrir el frío y los rigores
Con algún estornudo
Preludio de catarro....... y otras cosas
Propias del tiempo y siempre fastidiosas.

Según dice D. Críspulo, mi tío,
Es muy bueno abrigarse, si hace frío
Cuidando de no hacer un disparate,
Mas sería de fijo, una imprudencia
No tomar en invierno chocolate
De la fábrica *El Barco de Valencia.*

Que se venden en latas iluminadas de 6 paquetes una, desde el precio de 5 reales en adelante, en todos los ultramarinos de la provincia de Murcia por el Gobernador General del ojo ausente.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)

ORIGEN DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS

Cuando los Lombardos invadieron la Italia salió Pepino rey de Francia con su ejército, y obligó á Astolfo á hacer la paz; pero luego que se retiraron los franceses faltó Astolfo al tratado, y el Papa Esteban II imploró de nuevo á Pepino escribiéndole una carta en la que le exponía los atropellos de que era objeto la iglesia por parte de dichos lombardos, y luego que la recibió partió á Italia y precisó otra vez Pepino á Astolfo á la paz haciéndole devolver todas las plazas en número de 22; las que dió en propiedad á San Pedro y á sus sucesores. Aquí fue donde empezó el señorio temporal de la Iglesia Romana.

Después Carlo Magno fue á Roma y confirmó la donación de Pepino. Animado con su ejemplo y movido por los sentimientos de la época, no solo se mostró Magno en conquistar mucho en poco tiempo, sino en ceder [illegible] á la Iglesia.

Aumentó á lo que dió Pepino, el ducado de Espoleto, Benevento y otras de sus conquistas, reservándose para sí el reino de Lombardía, y engrandeciendo con lo demás á la Iglesia.

En comprobación con lo que llevamos escrito dice Ado en su Cronicón del año 727. *«Pepino donó á los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, Rávena y toda Pentápolis.»*

También se halla en el decreto de Graciano, distinción 63, una constitución de Luis I hijo de Carlo Magno en esta forma: *«Yo Luis Emperador Augusto de los Romanos mando y concedo por este de nuestra confirmación á Vos San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y por Vos á vuestro Vicario el Sr. Pascual Pontífice Sumo, y á sus sucesores para siempre en vuestra potestad y dominio, la ciudad de Roma con su ducado, campos, territorios, montes, mares, riberas, puertos, con todas las ciudades, castillos y villas que hay á la parte de Umbria.»*

También León Obispo Hortiense dice: (Cronicón libro 1.º capítulo 9.) El mismo ínclito Rey (Pepino) hizo donación á San Pedro y á su Vicario, de las ciudades de Italia y de sus territorios por los confines designados; desde Lunni, con la Isla de Córcega, Cerdeña, Surano, el monte Bardón, la ciudad de Urcel, Parma, Reggio, Mantua, Sicilia y juntamente el Exarcado de Rávena como estuvo antiguamente, con las provincias de Venecia y de Histria, y todo el ducado de Espoleto y Benevento.»

El mismo historiador (León) añade (Libro 3 capítulo 48) «En el año 1079, la Duquesa Matilde temiendo el ejército del Emperador Enrique, donó á Gregorio Papa y la Iglesia Romana, la provincia de Génova y la Umbria.»

Hasta aquí los antecedentes que hemos podido adquirir del origen de dichos estados sin meternos en averiguaciones de otro género y llevados solamente del deseo de curiosear.

JOSÉ MARTI Y MATA.

La Mina (Cartagena) Noviembre 1889.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

DIVINO

Charada

Cuando mi *prima tres* pues soy poeta
hace acudir en grupo mi memoria
dos prima, montes, ríos y ciudades,
mis versos son de la Natura copia.
Mas si *todo* fatídico á mis ojos
descarnadas preséntame sus formas,
entonces con mi lira sólo canto
dudas, tristezas, podredumbre y sombras.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

EL RETRATO DEL TENIENTE

(CUENTO RUSO DECAP)

—Esta vez, primo mio, has perdido el juego—gritaba alegremente y batiendo sus manos una joven rusa, casi una niña, encendida por la animación y jugando á las cartas con un primo suyo, teniente de la guardia imperial.

—Tu alegría me encanta, primita—respondió el joven. De buena gana hubiera perdido sólo por el placer de procurársele. Manda; obedeceré, puesto que estoy á tu disposición.

—Primo, seré clemente, la penitencia dado caso que lo sea, será muy fácil de cumplir, nada molesta; se trata de una idea mía, de un capricho tan pequeño, tan pequeño...

—Vamos, prima, no te molestes; acepto de antemano tu capricho.

—Es que... es más fácil pensarlo que hacerlo, y no sé como expresártelo, mi querido Miguel... tengo unos deseos locos, si, locos de tener tu retrato en...

—Mi retrato!... Pues si me gusta mucho que con tan poca cosa...

—Déjame acabar... Tu retrato en traje... en traje... tiene gracia, me faltan las palabras... en fin, en traje de mujer... por supuesto, vestida de baile.

—¡Cómo! vestirme de mujer... Supongo que te chanceas.

—No, no, Miguel; nada de eso; te hablo en serio. No pienso en otra cosa día y noche. ¡Estarías tan mono, tan guapo vestido de mujer elegante, adornada de joyas y con flores en el cabello!...

—¿Porqué no? Pero... lo siento mucho primita, pero no puedo satisfacer tu capricho. Sería ponerme en ridículo.

—¡Oh! en ridículo.. Esa es una gran palabra.. No lo sabría nadie.

—Eso creerás. Todo se sabe en San Petersburgo, donde el ridículo mata sin piedad, y no tengo interés en ser la chacota de nuestros amigos y la burla de todo el regimiento.

—Me has dado tu palabra, Miguel.

—Sí, pero á traición, con malas artes. Abusas de la situación. Vestirme de mujer..... ¡Jamás!

—¿Es esa tu última palabra?

—Sí. Busca algo que no sea tan fuerte.

—Una idea, Miguel, se me ocurre una idea, una idea luminosa... ¡Si me vistiera yo de teniente! .. ¡Tendría tanta gracia... ¡Oh, sí, sí, formaríamos un «pendant» originalísimo No digas que no, primito, pondremos en el secreto á mi doncella.

Al oir la proposición, el joven oficial se echó á reir; primero se negó á aceptarla á poco... hizo lo que debía haber hecho en un principio, cedió: ¿quién puede extrañarlo? Miguel amaba á su prima con un amor entrañable, y no sin angustia pensaba en los obstáculos que le separaban de ella. La joven era muy rica, y decíase que el czar la tenía reservada para casarla con uno de sus más estimados generales.

Al dia siguiente, después de enviar las ropas que juzgó necesarias, el buen Miguel se trasladó á casa del peluquero Deljamy, le enteró de todo, y se puso en sus manos, no pudiendo contener un suspiro al sentir que le afeitaba el bigote, un bigote fino y sedoso que durante muchos años había sido una de sus vanidades

—¡Si al menos me lo agradeciera!—pensó.

Ya vestido y disfrazado de mujer, entró en un coche y se hizo llevar á la fotografía del czar á cuya puerta le esperaba en otro coche su prima, vestida no menos graciosamente que él.

De un lado y otro hubo francas risas, cumplidos corteses, enhorabuenas y piropos, y pasadas las primeras expansiones, los dos jóvenes empezaron á subir la escalera.

Tocaban la puerta de la fotografía cuando ésta se abrió con estrépito y el czar, el poderoso czar, apareció en el umbral.

La misma cabeza de Medusa no hubiera dejado tan atónitos á los atolondrados jóvenes.

Ella se pegó á la pared, él se puso delante como para protegerla, y sin darse cuenta de lo que hacia, sin pensar en que iba vestido de mujer, se cuadró é hizo el saludo militar.

Quedóseles mirando el emperador, absorto al ver una joven tan elegante y tan enterada de los usos militares, y con rápida voz le preguntó:

—¿Qué significa ese saludo? ¿Quién sois?

—Miguel Lory, teniente de guardias de la emperatriz—respondió el joven temblando.

—¿Y vos?—preguntó con dureza hacia el teniente de caballería.

—Lonia Dourouff, señor.

—¿Y que quiere decir esta mascarada?—continuó el czar con severidad.

—Dignese oirnos V. M.—contestó Miguel en tono de súplica.—Todo es resultado de una apuesta por la cual vamos, mi prima y yo á retratarnos... en este traje.

Al oir esta confesión expontánea, una sonrisa, reprimida inmediatamente, pasó por los labios del czar que frunció el entrecejo, apenando más y más á los dos aturdidos. Dulcificando un tanto el acento de su voz, ordenó el czar:

—Cumplid la apuesta, y luego, sin quitaros ni una sola prenda uno y otro, presentaos al coronel de guardias, diciéndole que os someto á lo que él mande.—Y el emperador siguió su camino dejando á Lonia y Miguel petrificados.

—¡Oh, Miguel, Miguel!—decia llorando la joven.—Estamos perdidos. ¿Qué he hecho yo, Dios mío, que he hecho?

—Vamos, primita—la interrumpió Miguel sacando fuerzas de flaqueza—No hay que tomar así las cosas. No nos han de enviar á la Siberia por tan poco.

Entraron en casa del fotógrafo, se retrataron, y acabado esto volvieron al carruaje, dirigiéndose á casa del coronel de guardias. Lonia lloraba, el teniente fingía una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

Llegaron, y cuando se abrió la puerta, el asistente, asombrado de ver una joven tan elegante y decidida, preguntó á Miguel:

—¿A quién anuncio, señorita?

—¿A quién has de anunciar, imbécil? ¿no me conoces? Al teniente Miguel Lory.

Fuese aturdido el asistente, y á poco introdujo á los dos jóvenes en el cuarto del coronel, que á la sazón se hallaba trabajando.

Levantó la cabeza, y viendo á una joven cuando esperaba ver á un teniente se levantó con mucha cortesia.

—Dispensad, señorita, ese idiota de mi asistente me había dicho el nombre de uno de mis oficiales.

—No os ha engañado, mi coronel—dijo Miguel saludando militarmente al veterano como había saludado al czar—mi prima y yo, por una apuesta, hemos ido á retratarnos en este trage, y en la escalera nos hemos encontrado al czar, que nos mandó venir y que nos presentásemos á vos.

—¡Cómo!—dijo el coronel asustado.—¿Habeis visto al czar?... ¡Y en ese trage!...

Y loco de emoción, el coronel se dejó caer sofocado en una silla. Miguel se lanzó en su socorro, mientras Lonia se colgaba del cordón de la campanilla pidiendo socorro.

Acudió la esposa del coronel, que al ver á su marido en brazos de una joven que le hacía aire con su pañuelo, gritó:

—¡Infame!—lanzándose sobre el grupo; mientras, venian las hijas del coronel, los criados, los vecinos.

Por fin se explicó todo, volvió en sí el impresionable jefe de la guardia imperial, y vistiéndose apresuradamente se dirigió al palacio de Invierno á pedir órdenes al emperador.

La juventud tiene de bueno que no se apura por nada. Con la coronela y sus hijas, los jóvenes olvidaron lo falso de su situación. Como la noticia había corrido, empezaron á llegar amigos de ambas familias, y todos celebraban la ocurrencia, y fue tal la concurrencia que como el salón era grande y se habian reunido muchos jóvenes, se organizó un baile, en el cual eran la pareja más mimada la que formaban el teniente y su prima, ella más hermosa que nunca con su trage masculino, y él que no podía seguir el compás porque los piés se le enredaban entre las faldas que no estaba acostumbrado.

En lo más empeñado del baile se presentó el coronel en el salón, y el baile cesó, y enmudeció el piano, y una sombra de tristeza se extendió por todos los semblantes. El jefe de Miguel sacó un papel del bolsillo, y empezó á leer:

—«De orden de S. M. el emperador de to